

Arquitectura para la Convivencia en Colombia: *La ciudad de camino al habla.*¹

POR: FERNANDO VIVIESCAS M.
Arquitecto, Profesor Asociado de la Maestría de Urbanismo de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá.

A las víctimas
en el Parque San Antonio de Medellín,
in memoriam.

«Sólo la pura violencia es muda, razón por la que nunca puede ser grande...»

Hannah Arendt

Exergo

Nuestras ciudades contemporáneas constituyen la más grande obra que en términos materiales y culturales hayamos construido los colombianos, pero la hemos hecho sin consciencia y sin propósito. Así, les hemos edificado un espacio que desnuda nuestras insensibilidad e incapacidad de grandeza. No asumimos su sentido comunicativo, somos sordos a sus llamados a la interlocución, no escuchamos los mensajes con los cuales, desde la potenciación de la diferencia que ellas encarnan, nos convocan a la conversación, al intercambio, a la reflexión colectiva, al pensamiento. Por ello, también de manera inconsciente, tendemos a naturalizar la interrupción que en ellas se hace de la fiesta que es la vida, a aceptar el atentado contra el arte y a ignorar el juego de los símbolos.

¹ Una primera versión de este artículo fue presentada como ponencia en el Seminario Comunicación y Ciudad (Por la Constitución de la Ciudadanía), organizado por la UNESCO, la Alcaldía de Medellín y la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Pontificia Bolivariana, en Medellín, entre el 15 y el 17 de Junio de 1995.

La incomunicación es la esencia de nuestra incultura ciudadana.

Introducción

**La ciudad contemporánea:
del agotamiento del movimiento moderno a la
reinstauración del espacio para la comunicación.**

La utopía del movimiento moderno se juega en la eficacia de la comunicación y por ello apuesta por la ciudad: el espacio de la interlocución por excelencia: Más exactamente, en su versión moderna, el espacio que se construye para el intercambio (que también comunica) del mercado, pero igualmente para la interlocución, para la conversación, y para la emisión y la recepción de la imagen.

La esencia, concentradora, centralizadora, que potencia la construcción de la ciudad contemporánea soporta su sentido comunicante. El avance que significó la arquitectura moderna en sus planteamientos iniciales fue haber entendido este soporte fundacional de la ciudad y haber asimilado el sentido revolucionario que le introducía a la componente espacial: hacer consciente el sentido público de la arquitectura hacia el futuro y comprometerse en ello, esto es, asumirlo como el horizonte de su propio devenir.

El sentido visionario de los pioneros del movimiento moderno fue haber entendido la comunicación como el gran signo de la humanidad y haber interpretado a la ciudad como el vehículo para la formulación del proyecto de la modernidad arquitectónica.

Y apostaron por la comunicación porque el Movimiento Moderno, ante todo, formula una propuesta política, propende por un proyecto de

sociedad: pretende una condensación potenciada de todos los adelantos que el desarrollo de la inteligencia humana ha logrado (en la ciencia, en el arte, en la tecnología, en la ética) para ponerlos al servicio de una sociedad en la cual el bienestar sea el marco de realización de todos los ciudadanos y el horizonte del desarrollo económico y social².

Inaugura pues una fusión: antes la arquitectura estaba, ciertamente, en la ciudad, pero de la misma manera como podía estar en cualquier parte: en el desierto, en el centro del feudo o en la selva. La arquitectura era (y estaba) en si misma y a partir de ella organizaba fragmentos de la ciudad, de esas ciudades antiguas: la medieval, la barroca, etc.

Incluso, en Grecia la arquitectura apenas respondía de manera consciente por una parte de la construcción de la polis, la más significativa, por supuesto, pero sólo un fragmento: el del poder político y de su extensión significativa. Nunca pretendió cubrir con su accionar y su construcción toda la extensión de la urbe, ni pensó que ello le correspondía. De alguna manera, examinada con respecto a la edificación de la totalidad del territorio de la ciudad, la arquitectura se concebía y se desarrolló tan limitadamente como la extensión del concepto y de los efectos de la democracia griega mirados en relación a todos los seres humanos (no todos, como se sabe, eran ciudadanos) que la habitaban.

La modernidad en la arquitectura inaugura la ciudad como totalidad: la totalidad de la extensión territorial y la totalidad de los ciudadanos, como el espacio de la arquitectura, para la arquitectura y, como consecuencia, desde la arquitectura.

La apuesta de la arquitectura moderna por la ciudad es infinita: pretende que la ciudad es proyectable en su totalidad, introduce incluso la idea de pensar la ciudad como un todo y, yendo hasta el confín de la utopía, pretende no sólo proyectarla sino construirla de manera completa, tanto en extensión, como, muy especialmente, en calidad.

² Para una exposición en extenso de este contexto, ver mi artículo. La «arquitectura moderna»: los esguinces a la historia. En Viviescas, Fernando y Giraldo, Fabio (1991-1992) Colombia: El despertar de la Modernidad, Ediciones FORO Nacional por Colombia. Bogotá, pp.353-384.

Ese es, por supuesto, el basamento de su carácter utópico, de su imposibilidad de realización, pero es lo que lo fundamenta como movimiento, lo que le da sentido como proyecto revolucionario y lo que lo coloca en el registro de la historia: reinstauró la pregunta por el concepto de espacio y de la relación de la arquitectura, en tanto que ámbito de reflexión y de determinación de la construcción de espacio, con la ciudad, en tanto que el espacio por excelencia del futuro y de la comunicación humanos.

Como es bien conocido, las cosas cambiaron. La literatura contemporánea registra el agotamiento teórico de la formulación, la inconveniencia política de su eventual imposición y la imposibilidad física de la realización del proyecto moderno: nunca fue tangible, en ninguna parte se construyó.

Sin embargo, paradójicamente la ciudad, que definitivamente se configuró como el ámbito espacial de habitación de la humanidad, está confirmando la pertinencia absoluta de la reformulación del horizonte social y espacial del mismo proyecto.

Especialmente las ciudades del Tercer Mundo están demostrando que, ciertamente, la ciudad no se puede construir como una totalidad, y que la arquitectura está todavía muy lejos, conceptual y disciplinadamente, de cubrir todo el territorio ciudadano y el espacio del mundo cotidiano de la vida individual y colectiva, pero al mismo tiempo esas ciudades, su morfología, sus tipologías, esto es, su calidad espacial -en lo colectivo y en lo individual- muestran los niveles de miseria a los que se puede llegar en la construcción de las peores condiciones espaciales de la historia de la humanidad, mediante la profundización del cinismo de la arquitectura para ignorar un compromiso con la realidad espacial más formidable que la historia humana (de todas maneras) ha construido.

Es verdad que en su realidad espacial la ciudad se construye por fragmentos, pero el abandono de la arquitectura de la formulación de un proyecto de ciudad, de un modelo socio-espacial, de un contexto en el cual la ciudad se asimile en su totalidad - horizonte que siempre será una formulación abstracta: la ciudad nunca se ve, ni se usa completa- lleva a la construcción tangible de una ciudad, como las colombianas, edificada a pedazos, a retazos, en

las cuales la continuidad y unidad del espacio es imposible con lo cual la existencia individual y colectiva resulta segmentada, estratificada, sin comunicación (es decir, sin la posibilidad de la conversación, de la interlocución, de la discusión) y, por lo mismo, violentizada³.

El abandono de la ciudad como proyecto de espacialización de un orden social por parte de la arquitectura no es, pues, inocuo: contribuye directamente a la construcción y -con el tiempo, lo que es peor- a la naturalización de una ciudad donde la espacialidad es infame para la gran mayoría de sus ciudadanos, desde la cual lo que se comunica al conjunto de la sociedad es inequidad, desigualdad, carencia, insuficiencia, ineficiencia, en últimas, fealdad.

En este momento, y por lo anterior, la arquitectura está siendo convocada, conminada habría que decir, no a repetir la formulación del Movimiento Moderno sino a formular una nueva perspectiva de relación con la ciudad, que le de una ubicación en el conjunto de esfuerzos y de actitudes que el mundo entero está haciendo en relación con la ciudad. El fracaso del discurso del movimiento moderno no significa que no haya una responsabilidad de la arquitectura con el conjunto de la ciudad; a lo sumo significa que hay que construir otro. Ese es el punto de nuestra propuesta.

En este sentido lo fundamental para la arquitectura, enfrentada a una ciudad que ha sido construida, como la colombiana, desde la segmentación, desde la incomunicación, desde la insolidaridad, es construir el sentido y la materialidad física, es decir, el espacio, para albergar la dimensión de la comunicación: de la interlocución, de la conversación, de la discusión, del diálogo, en una palabra, del reconocimiento del otro en su derecho y, sobre todo, en su capacidad de producción de discurso. Dimensión que desde los campos de la política, de lo cultural y de lo social ya ha sido identificada como la carencia fundamental no sólo de la ciudad sino, a través de

³ En la polis griega: «...Ser político, vivir en una *polis*, significaba que todo se decía por medio de palabras y de persuasión, y no con la fuerza y la violencia...» Cfr.: Arendt, Hannah (1993) *La condición humana*, Editorial Paidós, Barcelona, España, pp.40.

ella, de la sociedad colombiana como conjunto, que es esencialmente ciudadana⁴.

Es decir, la edificación del espacio público, en el cual colectivamente se construya la posibilidad de tomar público lo público -como, por ejemplo, la edilicia y el gobierno de la ciudad misma- y desde el cual, por la existencia de ese espacio público, material y conceptual, se torne consustancial a la propuesta de ciudad el deseo por ella misma, por la calidad de su espacio, por la belleza de su construcción, por la sensibilización que su uso y disfrute introduce en la ideología y en los referentes e imaginarios colectivos.

La arquitectura construye la ciudad y ésta, como resultado, hace necesaria la arquitectura como edificación tangible y como referente cultural. Así la arquitectura trabaja por hacer bella la vida de todos los ciudadanos y porque éstos asuman como un derecho, también de todos, la belleza y el confort de su entorno y de su espacio individual.

De esta manera la arquitectura debería comunicarse con (y en) la ciudad, de un lado, para sustentar un deseo: de calidad de vida, de belleza -la fiesta, el juego y el símbolo como el espacio tiempo de la vida individual y colectiva- y, del otro, para atender a una convocatoria: a la construcción del espacio público para hacer posible la nueva ciudad que en Colombia ahora ha empezado a idear (y a deseñar) nuestra sociedad civil⁵.

⁴ He hecho una exposición más detallada de este punto en mi artículo *El derecho a la cultura, la refundación del ser colombiano*. En AA. VV. (1995) *Derechos Sociales, Económicos y Culturales. Balance y Perspectivas*, Consejería Presidencial para la Política Social, Bogotá, pp.147-171.

⁵ «Las palabras 'sociedad civil' denominan el espacio de asociación humana sin coerción y también el conjunto de la trama de relaciones -formadas en nombre de la familia, la fe, los intereses y la ideología- que llenan este espacio...» Cfr.: Walzer, Michael (1994) *La idea de sociedad civil*. En *Revista Ciencia Política*, II Trimestre, Bogotá, Colombia. Pp. 48.

1. La arquitectura y la comunicación del deseo por la ciudad.

Porque las ciudades -especialmente las grandes, las admirables, y la calidad de su construcción y de su ambiente, así como la extensión a todos sus ciudadanos de sus beneficios físicos y estéticos-tienen que ser ambicionadas, deseadas. Tienen que ser producto de un propósito de vida colectiva, resultado de una causa común, de un proyecto de sociedad que las piensa y las formula.

Lo primero es aprender a vivir de tal manera que la Arquitectura sea necesaria, esto es, validada, reconocida como un elemento consustancial a esa calidad de vida que se quiere construir.

Como en diversos momentos han planteado filósofos y arquitectos lo primero es construir el pensamiento, escoger una forma de vivir que permita la arquitectura, que la requiera, que la necesite. Sin esa capacidad de pensar, de desear, el hombre está muerto y el espacio vacío.

La arquitectura tiene que articularse a los movimientos culturales y políticos que puedan llevar al país, a los ciudadanos, a consolidar esa necesidad de una forma de vida que requiera a su vez de ella.

Ya lo había planteado Sócrates, respondiendo a Fedro, en el famoso aunque olvidado diálogo-ensayo de Valéry:

«... No hubiera hombres sin el amor. Ni existiría la ciencia sin desaforadas ambiciones. ¿Y de dónde piensas que hayamos sacado la idea primera y la energía de esos inmensos esfuerzos que levantaron tantas ilustrísimas ciudades e inútiles monumentos, que admira la razón, ella, que hubiera sido incapaz de concebirlos?» (pp.67)⁶

En este sentido, el problema de nuestro país y de la arquitectura, en su versión dominante y heredada, es que ninguno de los dos quiere efectivamente la ciudad.

⁶ Valéry, Paul (1944) «Eupalinos o el Arquitecto». En *El Alma y la Danza - Eupalinos o el arquitecto*, Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, pp.67.

El país porque su provincianismo y la permanencia de los viejos vicios de gobernar y de pensar, de dominar, no le han permitido desear con eficacia⁷ que la potencia de la ciudad, su fuerza transformadora, especialmente dentro de su tendencia hacia la democracia, se presente tumbando los privilegios de siempre⁸.

La arquitectura porque su ensimismamiento con los réditos que la mera construcción de edificios produce le ha inhibido el pensamiento, y por ello impide el cuestionamiento y aplaza la pregunta⁹.

De allí que se requiera la configuración de un proceso de deseo de la ciudad como ámbito del uso y del disfrute ciudadano, individual y colectivo, como base inicial para la construcción de la nueva ciudad colombiana.

Los imaginarios de la urbe del siglo XXI, que han de hacer parte de un proyecto de sociedad, tienen que prefigurar en el ámbito de lo espacial formas de existencia que permitan superar los niveles actuales de existencia que rasan en las «necesidades mínimas», «básicas», «elementales» la legitimidad de la reivindicación social y política.

Es este el espacio de actuación por excelencia de la sociedad civil. En las condiciones contemporáneas es ella la que puede abrir el arco por el cual la arquitectura y el urbanismo entren a cualificar la

⁷ «... nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la misma forma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y por lo tanto, en última instancia un retorno al huevo.» Cfr. Zuleta, Estanislao (1994) *Elogio de la dificultad y otros ensayos*, Fundación Estanislao Zuleta, Cali(?), Colombia. pp.10.

⁸ Apenas ahora, por iniciativa del Viceministerio de Vivienda, Desarrollo Urbano y Agua Potable, se adelantó un trabajo para construir una «Política urbana para Colombia».

⁹ Además la crisis mundial que atraviesa esta disciplina no presenta perspectivas para entender la ciudad colombiana (ni la latinoamericana como conjunto). Sus cuestiones son preguntas demasiado grandes para un ámbito de pensamiento tan pequeño.

ciudad. Cultural y políticamente, es ella la que puede activar el deseo por una ciudad democrática y dignificante de la existencia, y la que puede hacerla posible¹⁰.

Esa sociedad civil es la que puede hacer las preguntas pertinentes; y en la construcción del nuevo ciudadano la introyección por él mismo de la necesidad de la cualificación del espacio en el cual él vive es fundamental para fundamentar y solidificar la autoestima. Desde ahí, desde el espacio cualificado por la arquitectura, se comunica: se presenta y escucha, piensa y argumenta.

Se dirá que en el capitalismo hay muchos efectos y movimientos que atentan contra la posibilidad de contemplar, es decir, de establecer comunicación con la ciudad y la ciudadanía: la ausencia de tiempo libre, la cultura del consumo, etc. Pero en Colombia no son necesariamente esas fuerzas desatadas por el capitalismo desarrollado las que impiden o han impedido que la arquitectura se haya formulado con el fin de enriquecer la vida material y espiritual del usuario individual y colectivo.

Más bien es que ni se piensa que tal cosa pueda ser posible, especialmente para los sectores más pobres de las ciudades. De acuerdo con conclusiones de estudios recientes, al parecer, en Bogotá más del 63 % de la población vive en las peores condiciones de hacinamiento, tremendamente lejos de los

¹⁰ «... ¿Cuál es el marco más adecuado, el entorno más alentador, para una vida digna [*the good life*]? ¿Qué tipo de instituciones deberíamos pretender? El pensamiento social de los siglos XIX y XX nos da cuatro respuestas diferentes que en la actualidad resultan familiares.» (...) «Todas estas respuestas están viciadas a causa de su singularidad. Pasan por alto la complejidad de la sociedad humana, los inevitables conflictos de compromiso y lealtad... Sin embargo, existe una quinta respuesta, la más reciente (inspirada en aspectos menos centrales del pensamiento social de los siglos XIX y XX), que sostiene que la vida digna sólo puede ser vivida en la sociedad civil, el reino de la fragmentación y la lucha pero también de solidaridades concretas y auténticas, en el que... nos convertimos en hombres y mujeres sociables o de la comunidad... Puesto que somos seres sociales por naturaleza, antes que seres políticos ó económicos.» Cfr.: Walsler, op. cit. pp. 49 y 56.

centros significativos de la ciudadanía, sin atención de los elementos cotidianos de subsistencia, en terrenos que no permiten siquiera la construcción medianamente estable, etc... Y el corpus arquitectural ni se siente aludido por esta situación.

Pero la deuda de la arquitectura con lo público, con la cultura ciudadana, con el diseño del espacio de uso y disfrute (físico y simbólico) colectivo no se limita a faltarle a los sectores de los ciudadanos más pobres. El conjunto de la ciudad colombiana muestra los resultados de la incongruencia arquitectural.

A partir de allí el requerimiento a la arquitectura, la demanda por urbanismo y calidad arquitectónica, en la construcción del habitat individual y del entorno adquirirá su peso político y social. Se trata de construir una cultura del espacio, tanto individual como colectivo. Esa cultura es el basamento de la nueva comunicación en la ciudad.

La acción cultural de la sociedad civil, entonces, tendrá que estar dirigida a que la arquitectura se articule a la vida diaria de los ciudadanos, que les enriquezca la cotidianidad y el pensamiento y les solidifique el deseo.

2. La arquitectura en comunicación con la ciudad: la convocatoria de la sociedad civil por la refundación del espacio público.

En una perspectiva democrática moderna -que recuerda en muchos detalles la apuesta del movimiento moderno de la arquitectura por la ciudad-, la acción de la sociedad civil colombiana ha instaurado en el horizonte del imaginario colectivo, como su principio fundacional, el ideal" de la construcción de la justicia social como el objetivo del desenvolvimiento de la diversidad, del comercio de la diferencia.

En lo que puede ser considerado una crítica fundamental al tipo de ciudad que se ha construido en Colombia, la sociedad civil, a partir del reconocimiento de la legitimidad de las distintas apuestas culturales, potencia ese reconocimiento en el principio de que ninguna diferencia puede justificar la discriminación ni el sometimiento, ni la desigualdad frente al ejercicio del derecho al uso y al disfrute

" Desde los inicios de la modernidad, se trata, desde luego, siempre de un proyecto ético de sociedad.

del producido social, en este caso: de la ciudad.

Transformación potente y creativa de la diferencia que logra la cualificación de la sociedad civil al consolidar una concepción de la acción política en la cual cada vez se vayan encontrado más (y más amplios y estables) estadios (momentos y espacios) en los cuales podamos desarrollar la solidaridad, en términos de Rorty, como «...la capacidad de considerar a personas muy diferentes de nosotros incluidas en la categoría de 'nosotros'»¹² Allí se fundamenta la refundación del espacio público en la reestructuración de la comunicación ciudadana y, en consecuencia, de la ciudad misma.

En efecto, el reconocimiento, la potenciación y dinamización de la capacidad de pensar y de formular conceptos: interpretaciones, discrepancias, aportes, soluciones, críticas seguimientos -tanto a los problemas de la vida social como a los avances del conocimiento y de la cultura, de la ciencia y del arte- que la sociedad civil en su activación produce, exigen la construcción y la permanencia de un espacio y de un tiempo para el encuentro y para la divergencia, la discrepancia y el disenso pero también para el consenso, el acuerdo, el pacto y la acción conjunta.

No solo una entidad física sino también un ámbito conceptual y actitudinal, la construcción de un imaginario colectivo (incluye pues la construcción de su necesidad: que la gente sienta su necesidad ineludible) en el cual se den de manera natural el tiempo y el espacio para la expresión, la creación, la discusión y el intercambio colectivos.

En fin. Espacio público como concepto jurídico político: de la expresión autónoma, de la creatividad individual, para la socialización, la crítica, la decantación y depuración colectiva de los planteamientos, de los criterios, de los imaginarios. Y espacio público también como entidad física, como continente y determinante de la calidad de lo que se dice, de lo que se piensa, de lo que se juega y de lo que se diverge.

Allí, a partir de la consideración positiva de la diversidad, la sociedad civil, que en sí misma se conforma como instancia de concurrencia, convoca

¹² Cfr: Rorty, Richard (1991) Contingencia, ironía y solidaridad, Editorial Paidós, Barcelona, España, pp.210.

a la construcción de espacios y tiempos (permanencias y ritmos) de identificación de intereses comunes y de formulación de propósitos en los cuales las diferencias encuentran cómo desenvolverse y cómo resolver los conflictos de su ineludible confrontación, en el proceso de potenciación y complejización de lo colectivo, y en últimas, de los social: instaura el mundo de la política.

Espacio público, entonces, como cualificador de la existencia individual y colectiva: el espacio, en últimas, del ejercicio, uso y disfrute de la ciudadanía. Y se conforma así la convocatoria a la arquitectura.

Pues de acuerdo con Valéry, desde la época del Genio de Megara (vale decir, desde siempre) la arquitectura tenía un sentido público. Y no lo ha perdido. Al contrario, en tiempos contemporáneos se hace más definitiva su participación en la crítica de la tendencia a compartimentalizar los escenarios de la cultura, la ciudad como prioridad entre ellos. Como lo señala Gadamer en su reflexión sobre la fiesta («...lo que nos une a todos.»):

«... Estar expuesto a la consideración del público era parte del concepto de lo bello. Pero esto implica un orden de vida que, entre otras cosas, comprende también las formas de la creación artística, la distribución arquitectónica de nuestro espacio vital, su decoración con todas las formas de arte posibles...»³

Pero convocatoria que constituye un inmenso reto para la disciplina pues, como se sabe, durante este siglo la arquitectura, como profesión y como disciplina, no solo ha renunciado a participar activamente en la construcción material y física de la mayor extensión del territorio de la ciudad (la ocupada por los asentamientos populares) sino que no ha asumido la tarea (que sería su responsabilidad) de construir imaginarios colectivos, horizontes ciudadanos reivindicativos de la calidad del espacio como una condición de existencia de la sociedad; no ha emprendido acciones que conduzcan a que la población (en general, y específicamente los sectores populares) vaya formando un gusto, un sentido de la estética espacial, una definición de valores

³ Cfr.: Gadamer, Hans-George (1991) La actualidad de lo bello, Ediciones Paidós Ibérica, Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, España, pp.118. El subrayado es nuestro.

espacio-temporales, que la formen en la necesidad de la arquitectura y del urbanismo. La arquitectura aquí no ha establecido nexos con la formación de una cultura del espacio arquitectónico y urbanístico¹⁴.

Crisis del sentido público y comprometido de la arquitectura que, para peor, no es exclusividad del *corpus* colombiano pues la imposibilidad de responder por las preguntas espaciales que le hace la contemporaneidad a esta disciplina se ha venido generalizando en el mundo entero, dejando a la ciudad sin respuestas pero, a la vez, deteriorando la presencia y el protagonismo de la disciplina.

«En mayor o menor medida, los arquitectos son irrelevantes; sólo hay un pequeño número de fantasías de poca importancia: Muy pocos edificios son construidos por arquitectos, y la mayoría de los arquitectos contratados, en buena medida, operan... constreñidos por los espacios resbaladizos y habituales de la economía y la política.»¹⁵

En las condiciones actuales esa vanalización del concepto del espacio arquitectural, ese rebajarle el perfil en la consideración de su importancia material y física que resulta de la minimización de su contenido, de su conceptualización, es particularmente inquietante en el momento mismo en el cual lo movimientos sociales y políticos más progresistas del mundo prometen abocar esta problemática, a finales del siglo, con singular significación y como parte integrante y fundamental de la construcción de un mundo más digno para los seres humanos. Esto, como se sabe, ha sido particularmente relevado en la perspectiva que han definido las Naciones Unidas para el fin del milenio.

Lo que habría que señalar como paradójico es que la disminución del significado del espacio se ha vuelto consciente, esto es, empieza a ser asimilada

¹⁴ Cfr.: Viviescas, Fernando (1990) Estado de Desarrollo e Inserción Social de la Arquitectura en Colombia. En La conformación de comunidades científicas en Colombia, Vol.3, Tomo II, Misión de ciencia y tecnología, Ministerio de Educación Nacional, Departamento Nacional de Planeación y FONADE, Bogotá, Colombia, pp.11 • "9

¹⁵ Cfr: Wigley, Mark (1994) La deconstrucción i espacio. En Fried Schnitman, Dora (Edit.) Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad, Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, pp.260.

por los arquitectos, justo cuando la perspectiva política requeriría de un afinación, teórica y metodológica del concepto, muy fuerte.

Se corre el peligro de disminuir el perfil conceptual justo en el momento en el cual el mundo, para decirlo de alguna manera, ha vuelto sus ojos para percibir el tremendo daño que para la humanidad misma (entendida incluso como especie) ha tenido justamente la profundización de esa designificación, por la vía de ignorarlo, especialmente en los países del Tercer Mundo y particularmente en lo que respecta a las ciudades del mismo que son ya de lejos las aglomeraciones de población jamás pensadas.

Por ello es tan pertinente y necesario que se establezca la comunicación entre la arquitectura y la sociedad civil, y que aquella, para su redefinición contemporánea, atienda la convocatoria de esta última.

3. La comunicación en la ciudad contemporánea o de la construcción de un espacio para la convivencia: tres estrategias a proponer.

De acuerdo con los últimos desarrollos culturales y políticos, la convivencia se convierte en la base principal (e irremplazable) de configuración de la ciudad; fundamento y objetivo de la comunicación, la convivencia es el ámbito naturalizado también de las competencias y controversias ciudadanas: espacio para dirimir de manera ciudadana los conflictos.

La convivencia es, en última instancia, dinámica, resultado del ejercicio democrático de la ciudadanía: se enseña y se aprende, se piensa y se practica. Tanto en los procesos de concepción, interpretación, discusión, formalización de acuerdos, diseños y materialización de soluciones con respecto a los problemas materiales y físicos, inmediatos y de largo y mediano plazo (que condicionan la estructuración, permanencia y funcionamiento de la ciudad), como en el diario interactuar de los ciudadanos entre si y con las demás instancias sociales, económicas y políticas: el Estado y el mercado.

Es así como la convivencia, su ejercicio y naturalización, contribuye a la formulación de nuevas formas de desear la ciudad. Crea marcos de referencia en los cuales se potencia los niveles de

autoestima de los propios ciudadanos y los horizontes de calidad de la vida colectiva. Y fundamenta el deseo por una ciudad más humanizante, más disfrutable y más dignificante de la existencia.

Pero la convivencia ciudadana, formulada desde una perspectiva seria y responsable, requiere la conformación de una actitud política que obligue a todo proyecto de futuro de la ciudad (incluida toda pretensión planificadora), a asumir¹⁶ el establecimiento de marcos de relación -de los ciudadanos entre sí, y de estos con el Estado y con los desarrollos productivos y de distribución, así como con la naturaleza y el medio ambiente construido- conformados, diseñados y legitimados con base en el reconocimiento de la gran diversidad de contextos desde los cuales los ciudadanos aportan y ponen en práctica las distintas formas de agruparse y de comportarse.

Apuntamos a construir el espacio para esa convivencia, base de la redefinición de la ciudad, pero la arquitectura tiene que afrontar esa edificación en comunicación, en trabajo mancomunado con las demás instancias y disciplinas de la sociedad. Se plantean, pues tres estrategias cuya combinación permitirían construir el espacio para naturalizar la actitud de la conversación y la reflexión colectivas sobre y desde la ciudad.

3.1. Una estrategia educativa que haga presente, que le enseñe la ciudad al ciudadano y la involucre en su propia formación.

En el contexto de la educación formal, un perspectiva de creación de cultura ciudadana hacia el futuro, exige que las apuestas educativas en la Ciudad tengan que introducir el ámbito espacial inmediato en el cual actúa el educando y por el cual éste está condicionado. Se considera indispensable para hacer completo el proceso formativo.

La ciudad, su geografía, su historia, su estructura gubernativa, sus procesos y calidades de conformación territorial, la legitimidad de sus pluralidades culturales, su oferta de derechos y de posibilidades

¹⁶ Con base en la resolución de los problemas, inequidades e injusticias materiales que presenta actualmente la ciudad -la cual constituiría una condición esencial para la construcción de los espacios de convivencia.

de vida individual y colectiva así como su demanda de deberes, y especialmente su inevitabilidad como continente de la existencia individual y colectiva de la gran mayoría de los colombianos hacia el futuro, tienen que hacer parte de la alfabetización espacial moderna del ciudadano, desde su niñez hasta su edad adulta, en los diversos momentos de su formación. Colombia tiene en este silencio una deuda social, política y cultural que tiene que asumir de manera inmediata.

Dada la situación de atraso del país en la consideración de las problemáticas urbanas y ciudadanas y su urgencia cultural, social y política, y teniendo en cuenta ciertos rasgos característicos de nuestra idiosincrasia, la misma estrategia educativa tiene que asumir también tareas inmediatas y contemplar el cubrimiento de la población que, por su edad, función o sector social, se encuentra por fuera del aparato educativo, es decir, la inmensa mayoría de lo ciudadanos.

3.2. Una estrategia de comunicación para hacer visible, para materializar el ejercicio del derecho al espacio público a la pluralidad social, cultural y política que ya ocupa la ciudad y que se manifiesta en ella.

Hacer reconocible la ciudad a partir de la vigencia de la heterogeneidad de sus apuestas culturales, sociales, económicas y políticas, es decir, como ámbito por excelencia de nuestra complejidad ciudadana -gran parte de cuya explicación y caracterización descansa en la preeminencia de la llamada informalidad-.

Hacer pública la ciudad, sus problemáticas y potencialidades, sus ofrecimientos y demandas, a través de los medios de comunicación y de difusión que ocupan y copan el espacio público.

Concretizar espacios de concertación que permitan que, por ejemplo, los medios de comunicación aprendan a querer y a apostar por la ciudad y la conviertan en un objeto de las preocupaciones y de la creatividad de todos los ciudadanos y de sus organizaciones; que le abran el espacio a la gran pluralidad de sus manifestaciones, tanto en la prensa televisiva, radial y escrita y de los audiovisuales y el cine, el teatro y el arte en general, como en los espacios y recintos que la población ha ido '

implementando en los lugares, barrios y localidades -que constituyen los sitios de reunión y de convocatoria de los ciudadanos en el desarrollo de su cotidianidad. Como lo plantea un pensador francés: «... Sólo la educación (*paideia*) de los ciudadanos como tales puede dar un contenido verdadero y auténtico al 'espacio público'. Pero esa *paideia* no es principalmente una cuestión de libros ni de fondos para las escuelas. Significa en primer lugar y ante todo cobrar conciencia del hecho de que la polis somos también nosotros y que su destino depende también de nuestra reflexión, de nuestro comportamiento y de nuestras decisiones; en otras palabras, es participación en la vida política»¹⁷

3.3. Una estrategia de construcción urbanística y arquitectónica de espacio público para el uso y el disfrute colectivos. Que las disciplinas del espacio doten a la ciudad de la dimensión estética ciudadana y que le cualifiquen el continente espacial a la ciudadanía.

La ciudad debe ser construida física y morfológicamente para garantizar en los recorridos la contemplación de su paisaje y de su edificación; para permitir la identificación de su patrimonio arquitectónico y de sus monumentos; para prohijar y potenciar el encuentro y el discernimiento colectivos; para que el transporte, más allá de cumplir su itinerario funcional; le entregue al ciudadano una posibilidad de contemplación de la estética y del medio ambiente de su ciudad para que lo introyecte como parte de su cotidianidad y le permita hacer una inspección diaria de su calidad.

El Estado tiene que comprometerse a que la arquitectura y el urbanismo le devuelvan a la ciudad su capacidad de orientación física y simbólica, así como garantizarle el confort y el bienestar en su estancia en el espacio público. Dotar a la ciudad, a sus centros y a sus barrios de parques, plazuelas y plazoletas, de calles, bulevares y paseos, de esquinas, estaderos y lugares de encuentros abiertos dotados de servicios públicos y construidos con materiales durables, embellecedores y que humani-

¹⁷ Cfr.: Castoriadis, Cornelius (1988) Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto, Editorial Gedisa, Barcelona, España, pp. 123.

cen el acto ciudadano de estar y de encontrarse para conversar y pensar, individual y colectivamente.

4. A manera de conclusión: el espacio para la convivencia o de la arquitectura para la conversación ciudadana.

Para todas las grandes ciudades colombianas, este marco evidencia la necesidad de fundamentar cualquier acción a futuro -de manera especialmente importante la de la planeación de la ciudad: planes de desarrollo, estratégicos, de inversión, generales y sectoriales, etc.- en, al menos, dos tipos de reconocimiento, de comprensión de la comunicación: de un lado, a las condiciones materiales en las cuales se desenvuelve la ciudad¹⁸ y, del otro, a la presencia y legitimidad de las formas como los distintos sectores sociales (que son sus ciudadanos) han venido construyendo, a lo largo de los últimos cincuenta años, su vivencia y su relaciones con (y en) la urbe, con todas las diferencias y problemáticas que esa gran diversidad pueda haber generado a nivel de lo general de la ciudad y en los distintos momentos, espacios y estadios de su devenir.

La convivencia ciudadana, más que un presupuesto o condicionante (relativamente abstracto, ideológico, propagandístico) para fundamentar actitudes y acciones para la vida de la ciudad, tiene que ser considerada (buscada) como un objetivo, resultado de la construcción, al interior de nuestra sociedad, de condiciones sociales, políticas y culturales que permitan que cada ciudadano, y grupos, segmentos o sectores de ellos, puedan expresar, desplegar, exponer sus criterios y planteamientos a través de los cuales viven y se relacionan de manera positiva en y con la ciudad.

En esta dirección, la convivencia no puede ser mirada con sentido minimalista, ni reductivo: no puede limitar su horizonte a que la gente no se agreda entre sí. En la medida en que su presencia y fortalecimiento están articulados a la creación y potenciación de nuevos imaginarios colectivos, su

¹⁸ Asumir nuestra ciudad tal como es, conocerla, investigarla, convertirla en objeto de nuestro estudio e imaginación y fijar posiciones críticas frente a pretendidos modelos que desconozcan la historia y los soportes culturales de nuestra apuesta histórica.

ejercicio debe propender por la concurrencia, pacífica y civilista pero activa, de los discursos y actitudes propositivas diferentes, de poner en acción el hablar:

«El ser humano habla. Hablamos despiertos y en sueños. Hablamos continuamente; hablamos incluso cuando no pronunciamos palabra alguna y cuando sólo escuchamos o leemos; hablamos también cuando ni escuchamos ni leemos sino que adecuamos un trabajo o nos entregamos al ocio. Siempre hablamos de algún modo, pues el hablar es natural para nosotros... La enseñanza tradicional postula que el hombre, a diferencia de la planta y

del animal, es el ser viviente capaz de habla. Esta frase no quiere decir solamente que el hombre, además de otras facultades, posee también la de hablar. Quiere decir, que solamente el habla capacita al hombre ser aquel ser viviente que, en tanto que hombre, es. El hombre es hombre en tanto que hablante.»¹⁹

Es necesario, pues, construir el espacio en el cual el ciudadano colombiano pueda recuperar su capacidad de hablar o, más exactamente, de ser. Una arquitectura para que la ciudad converse, juegue, festeje y le gane la apuesta a la mudez de la violencia.

Medellín, Junio 15 de 1995.

¹⁹ Cfr.: Heidegger, Martín (1987) De camino al habla, Ediciones del Serval-Gautard, Barcelona, pp. 11.